

Educación desigualitaria: la paradoja de la generalización de la enseñanza

Leovigildo Gómez Navalón

Maria del Carmen Sanchez Monserrate

Universidad de Murcia

Fecha de aceptación de originales: Diciembre de 2000

RESUMEN: El retorno de la desigualdad más galopante en las sociedades más desarrolladas plantea también el problema de una educación desigualitaria, justamente tras una implantación generalizada y masiva de consumo de escolaridad. Desigualdad en todos los campos, nada nueva, pero resulta más chocante cuanto que la educación se presentaba como igualadora; y esto ocurre a todos los niveles del sistema educativo por lo que se hace urgente una reforma de la Educación más consciente de la trampa que puede suponer una generalización solo cuantitativa de la escolaridad sin allanar los otros obstáculos (económicos y de oportunidad) que se oponen a una educación más igualitaria.

PALABRAS CLAVE: Educación, desigualdad, generalización de la educación, medio ambiente, genética, realidad biológica.

KEY WORDS: Education, inequality, widening of education, environment, genetics, biological reality.

SUMMARY: The return to the most galloping inequality in the most developed societies raises at the same time the problem of unequal education, just after a widened and mass consumerism of schooling. Inequality in all the fields, which is not new, but appears more shocking as Education was presented like levelling, and this occurs at all the levels of the educational system. Therefore a reform of Education is becoming urgent, which should make us more conscious of the trap that may suppose a widening only quantitative of schooling, without taking away other obstacles (economical and opportunities) that block the way to a more egalitarian education.

1. ESCENARIO.

“Uno de los aspectos más evidentes de la crisis de las sociedades occidentales es el retorno de la desigualdad, al término de un período histórico de democratización que se extiende a lo largo de varios siglos”.

Así es como Emmanuel Todd inicia uno de los capítulos de su libro *La ilusión económica*; y ciertamente, si algo se nos hace cada vez más evidente es que las diferencias sociales se agudizan a medida que nos adentramos en el siglo XXI, alcanzando en países como Estados Unidos, cifras tan alarmantes que resulta difícil concebir cierta paz social al amparo de las mismas. Cifras que nos indican que del total de la población los cuatro quintos inferiores de la misma han ido perdiendo en los últimos treinta años una proporción importante de poder adquisitivo, viendo disminuido su nivel de renta tanto más cuanto más abajo en la escala social se encuentran, mientras que el quinto restante de la población ha visto incrementar progresivamente su nivel de rentas, que pasa a ser escandalosamente boyante para tan solo el 1% del total¹.

En Europa todavía no alcanzamos valores semejantes, pero la tendencia apunta en esa dirección, y aunque en España esa tendencia se haya ralentizado, dado el retraso en la nivelación de las rentas, que no tuvo lugar hasta el inicio del proceso democrático en los años setenta² caminamos según algunos expertos, en esa línea.

En realidad, la desigualdad no es nada nuevo, es algo que siempre ha existido y que (me temo) existirá. Lo que aparece como curiosamente novedoso en este fin de siglo es la asunción de la misma y la proliferación de teorías e ideologías que justifican e incluso reivindican como necesaria la idea de desigualdad. Esta proliferación de teorías e ideologías no se circunscribe a un aspecto de la realidad social en particular. Por el contrario, abarca a todos los sectores de la misma. Así, encontramos manifestaciones patentes de este pensamiento tanto en las políticas que se adoptan en materia fiscal, disminuyendo los impuestos directos en tramos superiores de la renta, con el objetivo de generar más empleo, supuestamente gracias al ahorro y la inversión de las clases superiores³; como en la publicación de textos que justifican “científica” y no tan científicamente la desigualdad. Uno de los ejemplos más significativos podemos encontrarlo en *The Bell curve* de Richard Herrnstein, publicado en 1994, y en el que su autor utiliza el viejo argumento de la inferioridad intelectual de unos (tanto de los negros, como de los blancos que ocupan los niveles más bajos de la sociedad) frente a la superioridad de otros (la siempre minoría blanca, que ocupa los lugares más altos dentro de la escala social) para justificar las desigualdades sociales y económicas.

Es, según el autor, el rango del CI, del que directamente se desprende el nivel de formación, lo que determina que unos tengan unas rentas desorbitadas mientras que otros apenas tienen para vivir.

1 Todd, 1999; Krugman, 1994.

2 Álvarez Laredo, 1996 (citado por Todd); Todd, 1999.

3 Políticas por cierto aplicadas en USA durante la era Reagan y Bush, y que no sólo no impidieron el crecimiento del desempleo ni el derrumbe de la inversión, sino que incrementaron notablemente las desigualdades sociales (Krugman, 1994).

Probablemente la desigualdad sea percibida e interpretada con más claridad si hablamos en términos monetarios, quizá porque esto no es más que el fiel reflejo de la inevitable ligadura existente entre cuestiones sociales, educativas, culturales y economía. En este sentido, existen numerosas estadísticas⁴ que revelan la correlación entre un elevado nivel de rentas y un alto grado de formación, lo que por otra parte parece lógico. Lo que no resulta tan lógico es la transformación económica a la que asistimos en la que el reparto de la riqueza es espantosamente desigual. Dicha transformación se encuadra dentro del modelo económico neoliberal como único modelo posible en este fin de milenio, en el que los movimientos de capitales y mercados de un punto a otro del planeta sin ningún tipo de trabas son, bajo el cisma de la mundialización, el paradigma del único pensamiento posible que empapa todo tipo de disciplinas sociales y educativas.

2. GENERALIZACIÓN DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA Y CRECIMIENTO DE LA DESIGUALDAD.

Es en el marco social, cultural y económico anterior, en el que hay que intentar explicar por qué se asume no sólo como inevitable sino también como necesaria la desigualdad, por muy desorbitada que esta sea.

Posiblemente Todd esté en lo cierto al afirmar que la causa real de la vuelta a la idea de desigualdad entre los seres humanos “no es económica, sino que se encuentra situada, más profundamente en el subconsciente de las sociedades avanzadas: se trata de la fragmentación cultural ocasionada por el desarrollo de la educación secundaria y superior. Ese subconsciente influye en todas las representaciones conscientes de la estructura social. Las doctrinas de desigualdad se extienden; las desigualdades económicas se agravan”. (Todd, E, 1999: 155).

Estemos o no de acuerdo con Todd, lo que sí parece claro es que la generalización de la enseñanza secundaria y el desarrollo de la enseñanza superior a la que hemos asistido en los últimos años en los países desarrollados, no han generado ni mucho menos las expectativas que generó la alfabetización masiva de la población llevada a cabo a través de varios siglos, y que eliminaba los privilegios de unos pocos por el hecho de ser los únicos capaces de acceder a la lectura y a la escritura.

La generalización de la lectura y la escritura origina una igualdad real, igualdad de acceso a conocimientos hasta entonces en manos de una reducidísima minoría y desde este punto de vista, una homogeneización de la sociedad.

Una consecuencia lógica de esta homogeneización es el surgimiento de un ideal democrático⁵ que, siguiendo en la misma línea de expansión educativa, se alcanzará

4 Krugman, 1994; Todd, 1999.

5 Todd, 1999.

generando aún más igualdad (como una aspiración legítima y necesaria) cuanto más se avance en la progresión y desarrollo de la enseñanza.

Sin embargo, mientras que el acceso a la lectura y escritura sí que contribuyen a homogeneizar, y por tanto democratizar las sociedades, la generalización de la enseñanza secundaria, y el desarrollo de la enseñanza superior, no han contribuido a disminuir las desigualdades sociales, por el contrario, se han incrementado.

En algunos países en los que la generalización de la enseñanza secundaria se inició hace ya bastantes años, no sólo se han agudizado las desigualdades sociales, sino que existe un estancamiento y en ocasiones una regresión cultural alarmantes. En este sentido, según datos recogidos en La Encuesta Internacional sobre la Alfabetización de los Adultos (EIAA) publicado por la OCDE, en países como Estados Unidos el 23,7% de la población adulta tendría unos niveles de alfabetización tan escasos que serían por ejemplo incapaces de comprender las instrucciones de utilización de un medicamento o de un producto de limpieza.

A priori, podría resultar incomprensible la convivencia entre esos niveles de regresión cultural y el uso extensivo de tecnologías como por ejemplo la informática. Sin embargo, si reflexionamos un poco al respecto, nos daremos cuenta de que ambas cosas no son incompatibles, ya que para el desarrollo e implantación masivas de tecnologías como la informática, sólo es necesario que los usuarios sepan leer y escribir. Otro tipo de funciones cerebrales superiores son innecesarias, e incluso a veces resultan inhibidas por el uso de la propia tecnología.

Sabemos desde hace tiempo, gracias a numerosos y excelentes trabajos⁶, que la educación no genera igualdad social, de modo que siguiendo el mismo razonamiento que otros autores han desarrollado ampliamente, no debe causarnos ninguna sorpresa el hecho de que la universalización de la enseñanza media y el desarrollo de la enseñanza superior no hayan transformado la sociedad, al menos en la dirección que se esperaba, y que en el año dos mil la brecha entre ricos y pobres se abra cada vez más. Lo que es curioso y sorprendente es el conformismo ante estas desigualdades y la aceptación por parte de los ciudadanos de estas diferencias como algo natural, renunciando a reivindicaciones que en otras épocas han movilizado a miles de personas.

3. INDIVIDUALISMO FRENTE A COLECTIVIDAD COMO CLAVE DE TODO

No puede haber respuestas absolutas para cuestiones sociales, pero acercarnos a un problema desde posiciones concretas suele ayudarnos a comprender mejor la globalidad

⁶ Lerena, 1980; González Hernández, 1999.

de una realidad social. Es desde este punto de vista desde el que hay que entender las páginas de este trabajo.

Quizá podamos comprender el porqué de la aceptación y justificación de la desigualdad como algo necesario y natural analizando el efecto que la progresión educativa ha causado en nuestras sociedades, en las que se produce por una parte un alza en los niveles educativos del grueso de la población⁷, y con él una homogeneización de la sociedad⁸, pero al mismo tiempo un despegue cada vez más pronunciado de la élite educativa y económica (o quizá por ser económicamente élite, también lo es educativa) que dispone de unas rentas cada vez más altas. Lo que es ni más ni menos que la constatación (lógica) del hecho desigualitario, aún a pesar de una mejor formación de la población.

La desigualdad sigue existiendo, puesto que su origen no es sólo (ni fundamentalmente) cultural, sino económico y social. Sin embargo, se asume como parte del subconsciente colectivo, que si a pesar del progreso educativo seguimos siendo desiguales en cuanto a niveles de formación y rentas, debe ser por otras razones que tienen que ver con nuestra capacidad para asimilar y llevar a buen fin la enseñanza secundaria y/o superior que se nos ha facilitado⁹. Puesto que todos hemos tenido acceso a la formación secundaria, pero sólo unos pocos han sido capaces de sacar partido de la misma y acceder a la educación superior, y como además sólo una minoría de los titulados superiores han sido capaces de aprovechar esa titulación para conseguir alcanzar puestos económica y socialmente relevantes, las razones del fracaso de unos y del éxito de otros deben estar en las diferencias individuales, en las diferentes capacidades de cada uno de nosotros. Esas capacidades no pueden ser más que biológicas, y más concretamente genéticas, y ante la biología y el ADN, ya se sabe, sólo nos queda conformarnos.

En definitiva la idea de desigualdad se centra en el individuo (en su biología) y la comunidad queda relevada a un segundo plano.

En la actualidad, es en el mundo anglosajón en el que más se acentúan estas diferencias económicas y sociales¹⁰, y no parece una casualidad el hecho de que sea precisamente en sociedades anglosajonas, en las que la desigualdad se acepta como algo natural, en aquellas sociedades en las que el individualismo es un valor que prevalece sobre el comunitarismo.

7 C. Baudelot, R. Establet, citado por Todd, 1999.

8 Posiblemente nunca antes tantas personas pertenecientes a cualquiera de los países desarrollados fuesen capaces de hablar escribir y leer en el mismo idioma (el idioma de su propio país).

9 Razonamiento utilizado desde Platón por numerosos pensadores y no pensadores de casi todas las épocas y nacionalidades.

10 Krugman, P, 1994, Todd, 1999.

Algunos autores ofrecen una interesante explicación antropológica¹¹ de la relación entre individualismo y desigualdad, pero independientemente de las razones que se esgriman para ello, lo que no parece discutible es que sólo en países como Estados Unidos, que aceptan abiertamente la desigualdad como algo natural, puede generarse una corriente de pensamiento que justifique las diferencias socioeconómicas en términos biológicos utilizando el argumento de la inteligencia como pieza clave.

El escenario de globalización en el que nos encontramos inmersos, en el que los movimientos de capitales y mercados imperan sobre otro tipo de factores, obliga a aceptar como algo prioritario (en pro de la generación de empleo...) los intereses económicos, cuya apropiada movilidad necesita de un derrumbe de fronteras, de una universalización de los territorios, de una no existencia de naciones, y nada mejor para que este tipo de valores se abran paso, que una preeminencia de la individualidad frente a la colectividad.

No hay panorama más adecuado para el capital individual que el desmantelamiento de las naciones. Con la no existencia de las mismas, con la dilución del sentimiento de pertenencia a un grupo concreto, no hay nada que justifique la necesidad de sostener un gasto social destinado a una colectividad inexistente. Lo defendible desde este punto de vista es la privatización de todos los bienes y servicios, sean estos del tipo que sean, y la culpabilización del individuo frente a la absolución de la colectividad.

Trasladar esto al ámbito educativo significa el deterioro lento y progresivo pero irreversible de la escuela pública, y con él la apertura de la, siempre existente, brecha de la desigualdad. Ahora, con el ingrediente novedoso de la aceptación por todos, incluidos los sectores más progresistas de la sociedad, de la desigualdad como algo necesario.

Con la generalización de la enseñanza secundaria y la extensión de la enseñanza superior no se eliminan las desigualdades. Puesto que estas son sociales y económicas, lo único que sucede cuando todos los individuos han de estar escolarizados, es trasladarlas a las aulas. Así, los centros educativos cuya población escolar proceda de clases sociales y económicas conflictivas verán incrementar enormemente su conflictividad, tanto disciplinaria como académica. Mientras que los centros cuyos alumnos procedan de clases sociales más aventajadas mantendrán unos niveles aceptables o buenos de conflictividad.

Haciendo un ejercicio de agorería pesimista, podemos imaginar en un futuro no muy lejano un deterioro tal del sistema (hasta ahora bastante digno) de enseñanza pública, quizá tanto media como superior, que cualquier ciudadano con aspiraciones sociales deberá, para poder conseguir cierto éxito social, pasar necesariamente por una escolarización privada, con acceso restringido, dado su precio, a clases sociales y económicas privilegiadas.

11 op. Cit 1999.

Esto es una realidad en países anglosajones, (en los que por cierto el individualismo siempre ha sido un valor predominante). Las palabras de J.L. López Aranguren, son premonitorias a este respecto:

“La liberalización universitaria conducirá..., a la extensión de la enseñanza superior de lo que ya ocurre, y de qué manera, en la enseñanza media... la universidad estatal del porvenir será una universidad para pobres”. (Aranguren, J.L., 1968)

4. CULPABILIDAD INDIVIDUAL, REALIDAD BIOLÓGICA.

La biología proporciona la coartada perfecta a los viejos argumentos sobre éxito social de los ricos y fracaso de los pobres, y les confiere una energía renovadora gracias a las tecnologías del ADN recombinante y a la extensión de la idea de desigualdad como algo necesario.

En una sociedad en la que la individualidad prima sobre la colectividad, y en la que existe, en el ámbito de la “ciencia” una tradición histórica centrada en el determinismo biológico, la aparición de tests genéticos capaces de relacionar (estadísticamente) un determinado segmento de ADN con un carácter humano concreto, ofrece muchas posibilidades de explicar (por fin) por qué unos seres humanos ocupan puestos de responsabilidad en nuestra sociedad y tienen unas rentas astronómicas, mientras que otros sólo tienen (en el mejor de los casos) lo justo para sobrevivir. La respuesta está en los genes que hacen de unos seres mucho más inteligentes y capaces que otros.

Desde la aparición del artículo de Devlin, Daniels y Roeder¹² en la revista *Nature*, muchos aficionados al determinismo genético y pertenecientes a las ciencias sociales y humanas, han ido interpretando las sucesivas publicaciones en aras de un determinismo biológico que ha ido encontrando aceptación social como parte de la espiral de pensamiento y cambio cultural, social y económico en el que nos encontramos inmersos.

En este ámbito de pensamiento, no tiene cabida (o al menos no desde una posición que no sea marginal) una concepción global de los seres humanos, concepción que se ajusta mucho más a la realidad biológica de nosotros de lo que algunos pretenden.

Es necesaria una reivindicación del entorno de los organismos como elemento sin el cual no puede explicarse ni entenderse el desarrollo de los mismos. Los genes por separado no nos dicen nada más sobre un ser humano concreto de lo que nos puede decir el ambiente en el que se desarrolla (entendiendo por ambiente en un sentido amplio tanto las sustancias a las que está expuesto, los estímulos hormonales, como los estímulos intelectuales, afectivos, etc). Conocer una secuencia génica ligada a un carácter no nos va

12 Devlin, B., Daniels, M, Roeder, K., 1997.

a decir (salvo en el caso de los caracteres monogénicos, es decir los controlados por un solo gen, que por cierto son la minoría) mucho acerca del fenotipo de la persona en la que se encuentra.

En realidad, a los genes les resulta imposible operar en ausencia del ambiente, por lo que las contribuciones de genotipo y ambiente a la hora de configurar un carácter concreto, no pueden ser separadas. De ahí lo absurdo, por imposible, de hablar del componente genético de caracteres.

La genética molecular que se considera clarificadora del papel de los genes en el comportamiento humano, se basa en la detección de fragmentos de ADN ligados a caracteres humanos, cuya relación se establece mediante correlaciones estadísticas (para caracteres multifactoriales, que son la mayoría), y de nuevo aquí nos encontramos con que las interacciones genes-ambiente, genes-genes y ambiente-ambiente¹³, enmascaran la acción de un alelo concreto sobre el fenotipo¹⁴. De ahí que correlación estadística no siempre signifique relación causal. En otras palabras, el hecho de que una secuencia genética se halle ligada a un carácter concreto, no significa que sea la causa, y sobre todo la única causa, de ese carácter.

En definitiva, la genética molecular, cuando trata de explicar el comportamiento humano siempre se vale de teorías estadísticas, en las que es necesario cuantificar la característica comportamental de que se trate. Esto tiene problemas serios¹⁵ entre los que cabría destacar los siguientes:

1. En primer lugar resulta muy difícil, por no decir imposible definir con precisión qué es un carácter comportamental
2. En segundo lugar, la cuantificación de un comportamiento siempre supone reducir una característica compleja a unas pocas variables numéricas.
3. Los modelos que se utilizan son necesariamente simplificaciones de la realidad.
4. Los modelos estadísticos no pueden incluir todos los factores que pueden ser importantes para explicar el comportamiento humano.

Y todo ello, porque el enfoque más adecuado para el estudio de rasgos humanos complejos debe ser global, ya que los genes y el ambiente afectan a factores fisiológicos, morfológicos y comportamentales que a su vez determinan el ambiente que un individuo percibe.

La complejidad de la interacción genes-ambiente hace imposible su separación, por lo que intentar cuantificar la predisposición genética para un carácter resulta teóri-

13 Bailey, R., 199.

14 Mann, C., 1994.

15 Alper, J., 1998.

camente imposible¹⁶, y nos dice tanto de la expresión fenotípica del mismo de lo que nos diría el rango de ambientes a los que el individuo está expuesto.

5. EPÍLOGO

Muchas de las ideas expuestas aquí no son novedosas. Quizá sea exagerado decir que todo está escrito en ciencias sociales. Sin embargo, algo de cierto hay en lo anterior. El determinismo biológico y su aplicación a las ciencias sociales¹⁷ y a la educación no son nuevos absoluto, como tampoco lo es una posición diferente desde la que se defiende una concepción de los organismos en general, y como tales de los seres humanos en particular, más global y amplia, en la que los argumentos biológicos sean concebidos como una parte, ni más ni menos importante que las demás, del todo¹⁸.

La justificación de las desigualdades sociales bajo el argumento de “lo natural” son por tanto, tan antiguas casi como nuestra propia civilización. Lo que aparece como novedoso en nuestros días es la aceptación de este tipo de desigualdades e incluso de argumentos que contemplan la desigualdad como algo necesario, por parte de casi todas las capas sociales, incluso desde las filas del pensamiento más progresista.

Una mirada poco exhaustiva sobre la realidad política de los últimos años en materia educativa (entre otras cosas), podría hacernos pensar que muy al contrario, los criterios que se adoptan, las leyes que se aprueban, y las políticas que se aplican en educación, eliminan “de hecho” la desigualdad entre los individuos; y esto porque leyes como la LOGSE nacieron bajo perspectivas ideológicas supuestamente progresistas, y uno de los valores tradicionalmente ligado al pensamiento progresista es la eliminación de la desigualdad.

La realidad se ha mostrado (como casi siempre) menos amable que las expectativas generadas, y no sólo por la dificultad económica que conlleva acometer una reforma educativa. No es sólo una cuestión económica la que empaña este tipo de leyes, hay otro aspecto quizá más importante que el anterior que las invalida incluso antes de que

¹⁶ Platt, S. and Bach, M., 1997; Bailey, R., 1997; Lewontin, R., 1996.

¹⁷ Desde Platón la idea de que las cualidades de un ser humano (entre las que se encontraría la inteligencia) reside exclusivamente en la propia naturaleza de cada individuo, se ha mantenido a lo largo de la historia. Autores como Galton, Binet o Goddard, son claros exponentes de este pensamiento. En nuestros días E. O. Wilson con su *Sociobiología* publicada en los años ochenta, fue el exponente más famoso del intento faraónico de aplicar a las ciencias humanas y sociales las reglas de la biología, tratando de explicar no sólo la naturaleza humana, sino el comportamiento de las sociedades bajo el paradigma biológico. Herederos de este pensamiento, aunque muy modificado son autores como S. Pinker, S. LeVay o M. Gazzaniga.

¹⁸ Aquí podemos encuadrar a autores como R. Lewontin, S. Rose, L. Kamin, R. Hubbard o E. Fox Keller, entre otros muchos.

puedan ser aplicadas, y no es otro que el hecho de ser leyes nacidas bajo el dogma del pensamiento único, cuyos postulados en materia de tolerancia, de costumbres, en aspectos educativos, y étnicos cobraron adeptos entre sectores progresistas, y al mismo tiempo generaron la impresión de una igualdad social, al ser estos mismos grupos progresistas los promotores de la norma; si todos podemos optar a una educación que nos facilita igualdad de acceso a capas sociales y económicas de cierta relevancia, las diferencias entre unos y otros no pueden ser ni económicas ni sociales, sino biológicas; es decir, tendrán más éxito social los más inteligentes no los que tienen más recursos económicos y culturales.

La adhesión a este pensamiento de los grupos que antaño se situaban en las posiciones más críticas de la sociedad en el marco de un panorama socioeconómico neoliberal es lo que a mi juicio, provoca en nuestros días la aceptación de la desigualdad no sólo como algo inevitable, sino como algo necesario.

De este modo, leyes como la LOGSE, progresistas sobre el papel, generan de hecho una aceptación pasiva de las justificaciones más rancias y deterministas de las desigualdades sociales, coadyuvando al desarrollo de políticas educativas que priman el individualismo frente al comunitarismo, y con ello el bien privado frente al bien común.

Es totalmente cierto que “una sociedad determinada va segregando la Pedagogía que le conviene y de que es capaz” (González, Hernández, 1999: 19), pero resultaría más pragmático y honesto asumir que las desigualdades no van a ser eliminadas gracias a la generalización de la enseñanza secundaria. Por el contrario, puede que incluso se agraven en tanto en cuanto los conflictos existentes en la sociedad se trasladarán a las aulas, que serán más conflictivas en aquellos lugares en los que el entorno socioeconómico esté más deteriorado, y lo serán menos en lugares con un entorno socioeconómico favorable.

Ahí estriba la trampa educativa de la LOGSE, ya que se genera justo lo contrario de lo que se nos había dicho que se quería conseguir. Una vez que la enseñanza pública alcance los niveles de deterioro que tiene ya en países anglosajones, sólo el alumnado procedente de la enseñanza privada tendrá alguna posibilidad de alcanzar los puestos situados en el estrato medio-alto de nuestra sociedad; enseñanza a la cual sólo podrán acceder las personas pertenecientes a clases socioeconómicas favorecidas. El alumnado procedente de clases sociales más bajas estará prácticamente fuera de cualquier posibilidad de ascenso dentro de la escala social (más incluso que en otras épocas)

Si aceptamos lo anterior, deberíamos pensar en la conveniencia de mantener bajo el mismo sistema educativo (y contra su voluntad en muchas ocasiones) a todo tipo de adolescentes independientemente de los intereses y necesidades que tengan. La realidad nos dice que quizá la única posibilidad de una vida futura normalizada para muchos de ellos, pasa por dotarles de instrumentos que les permitan acceder al mundo laboral antes

de quedar completamente fuera del sistema educativo (lo que a menudo sucede antes de finalizar la etapa de escolarización obligatoria)

BIBLIOGRAFÍA

- Alper, J., 1998. "genes, free will and criminal responsibility". *Soc. Sci. Med.* Vol 46, no 12: 1599-1611
- Aranguren, J.L. 1968 *El problema Universitario*. Taurus. Madrid.
- Bailey, R. "Hereditarian scientific fallacies". *Genetica*. 99: 125-133
- Devlin, B., Daniels, M., Roeder, K., 1997. "The heritability of IQ". *Nature*. Vol 388: 468-471.
- González Hernández, A. 1999. "Hacia una conceptualización de la política de la educación" en González Hernández Coord. *Políticas de la educación*. D.M. Murcia.
- Herrnstein, R.J. and Murray, C. 1994. *The bell Curve: Intelligence and Class structure in american life*. N. York. Free Press
- Krugman, P. 1994. *Vendiendo prosperidad*. Ariel. Barcelona.
- Lerena, C., 1980. *Escuela, Ideología y clases sociales en España*. Ariel. Barcelona.
- Lewontin, R.C. 1996. "Genes, entorno y organismos". En Silvers, R. (editor) *Historias de la ciencia y el olvido*. Siruela. Madrid.
- Mann, C. 1994. "Behavioral genetics in transition". *Science*. 264: 1686-1689.
- Platt, S. A. and Bahc, M. 1997. "Uses and misinterpretations of genetics in psychology". *Genetica*. 99: 135-143
- Todd, E., 1999. *La ilusión económica*. Taurus. Madrid.